

Narrativa La historia real de un chiquillo afgano que, abandonado a su suerte por su madre en Pakistán, atraviesa varios países hasta llegar a Italia

Talibanes, policía y cocodrilos

Fabio Geda
En el mar hay cocodrilos / En el mar hi ha cocodrilis
Traducción al castellano de Justo Navarro y al catalán de Xavier Solsona

DESTINO /
LA GALERA
186 / 208 PÁGINAS
16,95 EUROS

CARINA FARRERAS

Hay una escena en el libro que de tan digna estremece: en la escuela de un pueblo rural de las montañas de Afganistán, construida con las manos de los adultos para que los hijos aprendan, un maestro permanece de pie, en medio del patio, despidiéndose de sus alumnos. Hasta dos veces ha desobedecido la orden de los talibanes de cerrar la escuela. A la tercera, un comando lo saca del aula, lo lleva al patio y obliga a los niños a cerrar un círculo a su alrededor para que presencien la muerte a sangre fría del buen maestro, que la acata con enorme entereza. “*Ba omidi didar*, niños, dijo. Adiós”. Una escena verosímil teniendo en cuenta que en ese país las escuelas se queman y hay unos 4,5 millones de niños afganos sin escolarizar.

Enai (Enaiatollah Akbari), la voz protagonista de *En el mar hay cocodrilos*, lo cuenta como uno de los episodios de su vida que más le marcó. Por la obra sabemos que en los siguientes años, el chico, estuviera en el país que estuviera, pues el libro narra fielmente su odisea de inmigrante, acudiría a los muros de las escuelas para oír sus sonidos. “Me gustaba cuando, después del timbre del recreo, las puertas se abrían de par en par y los niños salían gritando y corriendo a jugar

en el patio. Mientras ellos jugaban, yo gritaba dentro de mí y jugaba llamando a mis amigos de Nava; los llamaba por su nombre, le daba una patada a la pelota, discutía diciendo que alguno...”. Enai tiene diez años cuando su madre lo abandona en la frontera de Pakistán: prométeme que nunca tomarás drogas, usarás armas o robarás. El chaval asiente sin saber que serán las últimas palabras de su madre. Y así, al día siguiente, se encuentra solo, sin dinero, sin conocer el lu-

La narración está llena de ternura y sentido de humor aunque quizás lo más destacable sea su falta de dramatismo

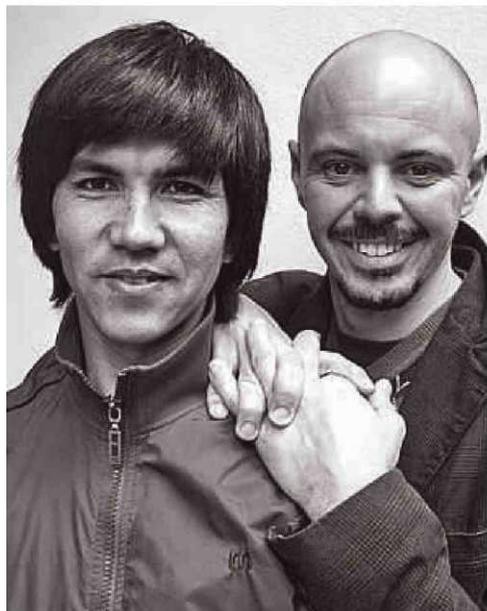
gar y apenas la lengua, perdido en la inhóspita y fronteriza Quetta como un chico de pueblo acostumbrado a una vida familiar. Ahí arranca un viaje de cuatro años contado en primera persona sin apenas adjetivos, sólo hechos. El lector viaja con Enai que igual encuentra al policía con el palo —en prácticamente todos los países—, al traficante de humanos, como a gente bondadosa que lo apoya, como la encantadora anciana de Grecia que lo acoge sin apenas intercambiar

palabras. Pakistán, Irán, Turquía, Grecia y, finalmente, Italia. Cuatro años cruzando el mapa, de frontera a frontera, más de huida que de búsqueda de un paraíso pero, en todo caso, escapando del sistema como inmigrante ilegal que es, durmiendo en parques, sometido a inimaginables condiciones para sobrevivir.

La narración está llena de ternura y sentido de humor, aunque quizás lo más destacable sea que es desapasionada con las adversidades. De las mayores, la de Grecia. Un gran barco “levantó olas altísimas, distintas de las olas naturales, olas que se cruzaron con las otras y el bote hizo un gesto extraño, como un caballo al que le ha picado una abeja. Y Liaqat no consiguió agarrarse. Sentí sus dedos resbalar por mi espalda. No gritó, no, no tuvo tiempo. El bote se lo quitó de encima de improviso, como un caballo”.

Finalmente, llega a Italia. Un día, ya acogido y viviendo en la inmediaciones de Turín, Enai acude a la presentación de una novela de ficción de un tal Fabio Geda, un escritor turinés (1972) que ha trabajado ayudando a niños conflictivos. La obra que ese día presenta cuenta el viaje de un chiquillo por el mundo. Pura ficción. El joven afgano atiende y, tras la exposición, se le acerca para susurrarle: él tiene un viaje más impresionante, y es verdadero. Geda decide escuchar. El resultado es este sencillo y emocionante *En el mar hay cocodrilos* que ha vendido más de 100.000 ejemplares en Italia.

El escrito está trufado con breves conversaciones entre el autor y el chaval. “Esto me interesa mucho, Fabio. ¿Qué? El hecho de decir que afganos y talibanes son distintos. Quiero que le gente lo sepa. ¿Sabes de cuántas nacionalidades eran los que mataron a mi maestro?”.



Enai Akbari y Fabio Geda



Al puerto griego de Mytilene llega Enai en bote desde Turquía WALTER BIBIKOW / GETTY IMAGES